



Columna



Pedro Aranda Astudillo
Fundador de la Corporación Gen

Olimpiadas, cenit de la corporalidad humana

Llamamos cenit cuando el sol invade todas las latitudes. Plena luz del día. Las Olimpiadas ponen en el centro del mundo las virtualidades de la corporalidad humana. Para los países que asumen las olimpiadas es una de sus máximas oportunidades de lucir sus ingenios artísticos deslumbrantes y sus altos niveles tecnológicos, además de darles el sello de sus idiosincrasias manifestadas en sus inauguraciones.

Estas majestuosas convocatorias, revelan las plasticidades que el cuerpo humano puede rendir, y, nos solazan. Son innumerables las “pruebas” que se ejecutan: gimnasias, atletismos, náuticas, ballet gímnicos, pruebas de saltos ornamentales y largos, Etc. Todo ello impregnado de bellezas, de estilos que nos arrebatan los ojos, contemplar cómo se logran posibles de imposibles. A su vez no podemos soslayar lo que nos brindan los circos, entre ellos “El circo del sol” y otros... Resplandecen las creatividades: las armonías, las cadencias, las coherencias.

El deporte es una profesión de vida, de entrega absoluta, de exigencias implacables, de constancias incesantes, de austeridad, equipos de trabajos. Pero cada logro también les trae satisfacciones, una felicidad personal, “me pruebo a mí mismo”, más que superar a los demás es saberse llegar a la meta, a sus objetivos. Digamos que el mundo deportivo es la universidad de los valores humanos donde el juego se pone “en juego”, en el fuego del crisol de entrenamientos. Las propiedades humanas en sus fortalezas y debilidades, como en todo arte.

Las olimpiadas son las fervientes raíces del optimismo. Na-

die podría participar con espíritu negativo, pues es mostrarse en la convicción personal de ser capaz, puede llorar de alegría por sus buenos resultados, como llorar al enfrentar los propios límites.

Nuestra corporalidad humana es un lenguaje universal. Tanto los humanos neandertales (500.000 años) como los humanos de hoy somos idénticos, sin embargo la tragedia humana que nos asiste es de máxima vulnerabilidad. Las Naciones Unidas ha advertido que podríamos encaminarnos a un suicidio colectivo. Guerras nucleares, la ebullición ambiental, las carencias del agua potable, las hambrunas a la vuelta de la esquina. Entonces podemos preguntarnos ¿qué tan conscientes somos de los valores, de la sabiduría cósmica reinante en nuestro cuerpo? Sabemos de todo, menos de nuestro cuerpo, pese al descubrir el Genoma humano, no somos solo un engranaje. ¡Clínicas y farmacias por doquier!.

Respiramos algo tan absurdo: ignorarnos de ser espíritus encarnados. Sin embargo: nuestra mente nos congracia de conocer el mundo y construirlo, nuestro corazón en su continuo palpar de vida, de sentimientos, nuestras manos, al decir del Emanuel Kant, “son nuestro cerebro externo”, ellas son perpetuamente laboriosas hacen de todo y funciones: de acariciarnos a limpiarnos, nos sanan, diríamos son el perfil divino más puro: siempre abiertas, nada retienen. ¿Qué decir de nuestros ojos? ¡Ven lo más lejos como a las estrellas y a la hebra, y además nos delatan!